

BOLETÍN

DE LA

REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE AMIGOS DEL PAÍS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Guipúzcoa)

AÑO IX

CUADERNO 2.º

Redacción y Administración: MUSEO DE SAN TELMO - San Sebastián

PRESENCIA DE VASCONIA EN LA VIDA Y EN LAS OBRAS DE PIO BAROJA

por

LUIS S. GRANJEL

Cada paisaje, escribió Ortega y Gasset viniendo desde el Norte a Castilla, guarda "como la vaina su espada, dentro de sí predispuesta", una manera de vivir, un modo, peculiar, "de decir sí a la existencia"; en otras palabras, un estilo de vida que le es propio.

("Notas de andar y ver"; Obras completas; II; pág. 246).

Pretendo estudiar en el ensayo al que estas palabras servirán de pórtico, con el concurso de los propios textos barojianos, la presencia de Vasconia en la vida y en las obras de Pío Baroja, y el influjo, esencial como se verá, que ejerció aquélla en ambas. Hizo posible mi propósito el carácter marcadamente autobiográfico de su obra literaria; cualidad señalada por casi todos sus críticos, y que el mismo Baroja confirma al escribir: "En toda la obra entera, que cuando vale algo es una autobiografía larga, el disimulo es imposible, porque allí donde menos lo ha querido el hombre que escribe, se ha revela-

do" (1); "se puede asegurar —repite en otra ocasión— (2), que nuestra obra es proyección de nuestro espíritu una creación de nuestra voluntad". Mi actitud durante la redacción de este ensayo, era obligada, ha sido la de un imparcial transcriptor de las ideas, emociones y sentimientos de Baroja; también de sus creencias. Buscaba presentar a mis lectores una de las facetas acaso más importantes de la personalidad, humana y literaria, de Baroja, tal como se nos revela en sus obras; en modo alguno mi personal opinión sobre ella.

Tres partes comprende la realización de mi empeño: la primera —que título "Baroja, vasco"— estudia las hondas raíces vascas de su personalidad, y por qué pasos vino Baroja a trabar conocimiento con ellas; en la segunda —titulada "Vasconia real"— me ocupo de presentar una ordenada imagen de la tierra vasca, de sus hombres, de la vida que en aquélla viven y de sus costumbres, sus ideas y creencias, tal como nuestro autor las ve e interpreta; en la tercera parte —"Vasconia soñada"— recojo el relato que nos hace Baroja de una Vasconia ideal, utópica, puro sueño, oponiéndolo a la realidad de aquella Vasconia dentro de la cual vivió buena parte de su existencia, a la que tantos lazos le unieron, y en la que tantas cosas había que, desplaciéndole, hubiera deseado reformar.

ENCUENTRO CON VASCONIA

Nace Pío Baroja, en San Sebastián, el día de Inocentes de 1872, en una casa de la calle de Oquendo, propiedad de su abuela doña Concepción Zornoza; vivió en la capital guipuzcoana hasta 1879, cuando un cambio en el destino paterno trajo a los Baroja a Madrid; otro traslado los devuelve a Vasconia, a Pamplona, en 1881, y un nuevo cambio vuelve a llevarlos a la Corte; desde esta fecha, septiembre de 1886, y hasta 1894, quedó roto el lazo que unía a Baroja con el paisaje de la tierra nativa. Fué perdurable la huella que los recuerdos de su vida de entonces dejaron en su memoria. Repetidas veces los ha rememorado en sus escritos autobiográficos (3) y también,

(1) *Juventud, egolatria*; *Obras Completas*; Vol. V; pág. 157. Con objeto de evitar reiteraciones inútiles, y dado que he de citar a Baroja, si no se hace indicación en contrario, por la edición definitiva de sus obras (Madrid; Biblioteca Nueva, 1946-49; 7 vols.), consignaré tan sólo en mis referencias, tras el título de la obra, el volumen que en aquella edición ocupa y la paginación.

(2) *La caverna del humorismo*; Vol. V; pág. 401.

(3) *Juventud, egolatria*; Vol. V; págs. 192-96; *Familia, infancia y juventud*; Vol. VII; págs. 526-58, y en su discurso de recepción en la Academia: *La formación psicológica de un escritor*; Vol. V; págs. 872-74.

convirtiendo su existencia infantil en motivo literario, en dos de sus novelas (4).

De los años vividos en San Sebastián sólo le queda a Baroja una imagen borrosa en la que destacan, imborrables, pocos recuerdos: un bombardeo de la ciudad por los carlistas y otras escenas macabras de la contienda, así como la entrada de Alfonso XII; no olvidó tampoco algunas de las narraciones vascas que solía contarle su madre, y entre ellas, nos las cita por su nombre, los cuentos "Onentzaro" y "La Nescame-ziquiñ" (5). Rico en detalles es, por el contrario, el recuerdo que le quedó a Baroja de los años de su estancia en Pamplona. Era en aquel tiempo Pamplona una ciudad amurallada que conservaba todavía las costumbres que impuso en la población la segunda guerra civil (6); fué allí donde su carácter empezó a cristalizar entre los cambios y turbulencias de la pubertad; alternaban en su ánimo la travesura ágil y cierta tendencia, que se acentuó con los años, al ensimismamiento, unido todo a una sensibilidad casi enfermiza; le atrae también, poderosamente, la aventura, lo maravilloso, cuanto se viste con el ropaje atrayente del misterio; "me hubiera gustado —confiesa Baroja rememorando su personalidad de entonces— (7), parecerme a Robinsón Crusoe, y cuando tenía esta aspiración iba muchas veces, al anochecer, al paseo de la Taconera, me subía al árbol del Cuco y fumaba en pipa, lo que me mareaba, y soñaba en una isla desierta, sueño que igualmente me marcaba". Aquí, en Pamplona, escuchó Baroja, en las tertulias de su padre, historias y anécdotas de la última carlistada, que más tarde, novelista e historiador, había de narrarnos, refiriéndolas a los sucesos de la primera guerra civil, en los volúmenes de sus *Memorias de un hombre de acción*.

Ya médico, desde Burjasot, cerca de Valencia, donde residía a la sazón su familia, solicita Baroja la plaza de médico en Cestona, cuyo

(4) Refiriéndolas a la infancia del personaje Silvestre Paradox (*Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*; Vol. II; págs. 27-30) y a la de Luis Murguía, el protagonista de *La sensualidad pervertida* (Vol. II; págs. 863-87).

(5) *Familia, infancia y juventud*; Vol. VII; págs. 527-32.

(6) Cuenta Miguel Pérez Ferrero, recogiendo el relato que de su vida le hizo Baroja: «Hacia el año 1881 la ciudad contaba unos veinticinco a treinta mil habitantes, y estaba por completo amurallada, manteniendo sus baluartes ocupados militarmente. Había transcurrido un lustro que la guerra carlista terminara, pero continuaban las prácticas de prevención y vigilancia que se observaron durante el tiempo de la contienda. Al anochecer se cerraban todas las puertas, menos dos: la de San Nicolás y la llamada Puerta Nueva». (*Pío Baroja en su rincón*; San Sebastián; 1941; pág. 37).

(7) *Familia, infancia y juventud*; Vol. VII; pág. 548.

anuncio leyó en el periódico donostiarra *La Voz de Guipúzcoa*; fué aquella su primera y única experiencia profesional. La estancia de Baroja en Cestona fué breve, apenas sobrepasó el año (8). No he de repetir aquí el relato que de su vida de entonces ha hecho, en más de una ocasión, el propio Baroja (9); pero sí debo recordar, pues ello importa mucho al tema que me ocupa, cómo fué en Cestona donde el espíritu de Baroja despierta a la conciencia de su raza, ligándose, ahora para siempre, al olvidado paisaje infantil. Cultiva la soledad y un poco el robinsonismo que tanto le atrajo, años antes, en Pamplona; “en el Urola, en Cestona —nos cuenta Baroja— (10), subía a un tronco de árbol que avanzaba en el río y me dedicaba a la pesca y un poco a la meditación”; “En Cestona —repite en sus *Memoorias*— (11), realicé yo mis aspiraciones de chico, de lector del “Robinson”, de tener una casa solitaria y un perro”. Este aislamiento provoca la introspección; favorece el hallazgo de las raíces vascas de su personalidad, que el encuentro con el paisaje nativo arrancó de los profundos recovecos en que yacían olvidadas e inoperantes. “En el pueblecillo vasco donde estuve yo de médico y comencé a tener dolores reumáticos —les dice Baroja, melancólico y humorista, a sus oyentes de la Sorbona— (12), comprendí, observándome a mí mismo, que había dentro de mí un espíritu, como dormido, un elemento de raza que no había despertado aún”. “En Cestona —añade en otra ocasión— (13), empecé a sentirme vasco, y recogí este hilo

(8) Los datos que, amablemente, me ha facilitado el Ayuntamiento de aquella villa permiten fijar las fechas que limitan este periodo de la vida de Baroja. Le fué concedida la plaza de médico el 12 de agosto de 1894, y se admitió su renuncia a la misma el 10 de septiembre de 1895.

(9) Cf. *Juventud, egolatria*; (Vol. V; págs. 199-200); *Familia, infancia y juventud*; (Vol. VII; págs. 611-32); su conferencia *Divagaciones de autocritica* (Vol. V; pág. 495), el discurso de ingreso en la Academia (Vol. V; páginas 886-88) y los artículos *Recuerdos de un médico de pueblo* (Vol. V; páginas 671-81) y *Fin de otoño en el campo* (Vol. V; págs. 1.258-62). Reproduce asimismo las experiencias de su vida profesional, refiriéndolas a la vida de médico del personaje Andrés Hurtado en Alcolea del Campo, en su novela *El árbol de la Ciencia* (Vol. II; págs. 519-44); también hay recuerdos de Cestona en el prólogo de *César o nada* (Vol. II; págs. 577-81) y en la novela *El cura de Monleón* (Vol. VI; págs. 754-55). De esta etapa de la vida de Baroja he hablado yo con detención en mi trabajo «La personalidad médica de Pío Baroja»; *Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina*; Vol. III; págs. 169-204; Madrid, 1951.

(10) *Los ríos de España*; Vol. V; pág. 791.

(11) *Familia, infancia y juventud*; Vol. VII; pág. 613.

(12) *Divagaciones de autocritica*; Vol. V; pág. 496.

(13) *Familia, infancia y juventud*; Vol. VII; pág. 614. Entendió bien Baroja lo que esto tuvo de recuperación de un ayer que parecía desvanecido para siempre: «Durante mi infancia viví, hasta los siete u ocho años, en el

de la raza que ya para mí estaba perdido". Ayuda también a este encuentro con Vasconia, cuyas consecuencias no podía entonces Baroja sospechar, su condición de médico, el diario recorrer los caminos del monte visitando caseríos, hasta los lejanos de Aizarna y Arzona, de Régil e Iziar; el contacto con hombres que eran, por su espíritu, vivientes encarnaciones de la raza.

Esta comunión con el paisaje y la vida que, acogidos a él, viven sus hombres, impuso un rumbo nuevo a las nacientes aficiones literarias de Baroja; muchas de las narraciones que después habían de componer el volumen de *Vidas sombrías* fueron escritas en Cestona (14), y por sus descripciones y en sus personajes, son expresión de este renacido amor a Vasconia; como dice Baroja, "en esa época de médico de pueblo, en que viví solitario y tuve que andar de día y de noche por los caminos, pensé vagamente en escribir sobre mi país y hablar de sus paisajes y de sus hombres" (15); un empeño que cumplió en su primera novela, *La casa de Aizgorri* (16), y después a lo largo de toda su dilatada obra literaria.

País Vasco; pero luego, al comenzar la juventud, fui a Madrid, después a Valencia, y mis recuerdos de la primera edad, referentes a la tierra natal, se esfumaron y desaparecieron"; el azar de su retorno, como médico, a Vasconia, hizo posible la rememoración; «sentí —añadé Baroja—, cómo el ambiente físico de mi país, y algo también del moral, me iban envolviendo, y cómo recogía, poco a poco, esté rastro perdido de la raza». (*Divagaciones de autocrítica*; Vol. V; pág. 496).

(14) «En aquella época —nos dice, refiriéndose a su vida en Cestona—, me dediqué a escribir cuentos e impresiones en el cuaderno donde tenía el registro de los igualados» (*La formación psicológica de un escritor*. Vol. V; págs. 887-88). Aludiendo, concretamente, a los cuentos recogidos en *Vidas sombrías*, dijo en cierta ocasión Baroja: «los escribí casi todos siendo médico de Cestona». (*Páginas escogidas*; Madrid, 1917; pág. 28). En alguno de estos cuentos noveló su propia vida de médico y vecino de Cestona; recuérdense, por ejemplo, los que titula «Noche de médico» (Vol. VI; págs. 1.013-15) y «Un justo» (Vol. VI; págs. 1.036-41).

(15) *Divagaciones de autocrítica*; Vol. V; pág. 496.

(16) Esta obra, publicada en 1900, «está pensada —cuenta Baroja—, en San Sebastián, después de ser médico de pueblo, en una época corta que pasé allí y en la cual, como no tenía nada que hacer, me dedicaba a leer y a pasear por los alrededores. Cerca de Pasajes, al lado de una casa vieja, había una destilería que me inspiró la novela...; la escribí en Madrid, en un despacho húmedo y negro de la panadería donde estaba». La concluyó, añade, «en Marañón, en casa de una señora pariente de Ramiro de Maeztu... Los paisajes de *La Casa de Aizgorri* están formados con recuerdos de Cestona; los tipos, unos están vistos, otros están inventados». (*Páginas escogidas*; ed. cit.; pág. 42).

ITZEA

En Madrid, donde vive, tras su fallido intento de cimentar su porvenir en el ejercicio profesional, su experiencia, también llamada al fracaso, como industrial, sigue alimentando Baroja en lo recóndito de su intimidad aquella llama que encendió su retorno a Vasconia; aunque esto no nos lo afirmara el propio Baroja, bastaría para confirmárnoslo la presencia de la tierra nativa en sus primeras novelas; incluyamos en la lista de títulos que podría aducir, con el de *La casa de Aizgorri*, ya citado, los siguientes: *Idilios vascos* (1902), que recoge cuentos ya publicados en *Vidas sombrías*; *El mayorazgo de Labraz* (1903); *Zalacain el aventurero* (1909) y *Las inquietudes de Shanti Andía* (1911); estas dos últimas, las más conocidas, acaso, entre cuantas novelas sobre tema vasco ha escrito Baroja.

Pero la pervivencia de su amor a Vasconia tiene una muy importante expresión: me refiero a la compra de Itzea en 1912, pues desde entonces el enraizamiento de Baroja al paisaje natal cobra realidad, ejerciendo en su vida y en su obra literaria un influjo cuya trascendencia trato de hacer evidente en este ensayo. Había estado Baroja en Vera del Bidasoa dos veces; una, con su padre, hacia 1888 ó 1889; y por segunda vez, acompañado de Paul Schmitz, en 1909, cuando proyectaba su novela *Las inquietudes de Shanti Andía* (17). En 1912 pensó Baroja en pasar los meses estivales fuera de Madrid, y desagradándole el tener que acogerse al recurso habitual de la fonda o el hotelito alquilado, proyecta comprar algún viejo caserón allá en Vasconia y luego, poco a poco, arreglarlo y hacerlo habitable; se anunció por entonces la venta de una casa en Vera; le animó a comprarla el descubrir sobre su puerta el escudo de los Alzate, uno de sus apellidos maternos (18). Se llamaba la casa Itzea (19), y va a ser, desde esta fecha, refugio habitual de Baroja, y más aún, hogar espiritual para su personalidad de hombre de letras, de escritor e ideólogo.

Está situada Itzea a un extremo del barrio de Alzate, de Vera, hacia el lado de Francia; junto a la casa pasa el arroyo Shantel-errea. Se hallaba, cuando la compraron los Baroja, ruínosa, convertida en asilo de gitanos y vagabundos. Toda la familia se entregó, con entusiasmo, a la tarea, no fácil, de convertir aquel caserón en

(17) *El escritor según él y según los críticos*; Vol. VII; pág. 391.

(18) *Ibidem.*; págs. 391-92.

(19) La filología de este vocablo —Itzea— ha preocupado a algunos de los comentaristas de nuestro autor y también a él mismo; cf. *Ibidem.*, nota a la pág. 394.

una casa cómoda, limpia, con jardín y huerta. “A mí —escribe Baroja— (20), me parecía que el escudo de Alzate me invitaba a seguir la obra”; estas palabras suyas aluden al más temprano influjo que en su ánimo ejerció Itzea, y con ella el paisaje que la envuelve, toda Vasconia y su propio pasado familiar. El esfuerzo rindió sus frutos; Itzea llegó a ser una casona señorial. Tiene amplio comedor con chimenea; salones decorativos; acogedores saloncitos; gran biblioteca con ventanas y balcón que se abre mirando a Francia; en ella se recogen varios millares de libros, estampas compradas en Madrid y París, algunas tablas antiguas, un viejo modelo de barco, una estatuita, regalo de *Azorin*, una caja de música que hace sonar antiguas canciones, ejecutorias familiares, y otras muchas cosas en las que perduran otros tantos recuerdos de la vida de Baroja. En Itzea murió el padre de los Baroja en 1912; allí también vino a morir, bastantes años después, en 1935, la madre, doña Carmen Nessi; estas rondas de la muerte en torno al caserón del barrio de Alzate, ayudaron a fijar a los Baroja a este rincón navarro. Todo contribuye a hacer de Itzea un verdadero hogar. En Itzea vive Baroja buena parte del año; corrientemente, desde el comienzo de la primavera hasta finalizar el otoño; a veces prolonga su residencia al año entero (21). “El hombre malo de Itzea” como, según su testimonio, empezaron pronto a llamarle algunos chiquillos del barrio (22), vive allí una existencia entre hidalga y campesina, sobre la que habla con menudos detalles el propio Baroja en *Las horas solitarias* (23); cada día, nos cuenta, escribe o lee en la biblioteca, trabaja algo en la huerta y pasea por los alrededores, sobre todo por el camino que sube la falda del monte Larrún, pasando junto a la casa en que nació el guerrillero de Vera Fermín Leguía; en ocasiones, contempla desde el mirador de la huerta la carretera de Francia que asciende en curvas hasta el alto de Biandiz. Hace con frecuencia cortas escapadas a San Sebastián, a Irún y Behobia, donde tiene amigos entrañables. Itzea llega a ser lugar frecuentado por visitantes que quieren conocer al escritor en el marco de la casa que tantas veces retrató en sus libros. “Al principio de llegar aquí —nos dice Baroja contándonos la impresión que cada año despierta en su ánimo al retorno a Itzea— (24), yo al me-

(20) *Ibidem.*; pág. 393

(21) Amplias descripciones de Itzea en el primer volumen de sus *Memoorias*. (*El escritor según él y según los críticos*; Vol. VII; págs. 389-93). Su versión novelesca la encontramos en *La leyenda de Juan de Alzate* (Vol. VI; páginas 1.099 *et seq*) en la cual aparece Itzea convertida en hogar del legendario personaje.

(22) *Juventud, egolatriá*; Vol. V; pág. 157.

(23) Vol. V; págs. 283-309.

(24) *Ibidem.*; pág. 284.

nos, siento cierta soñolencia y languidez. Parece que la vida de la ciudad, con sus pequeñas excitaciones, mantiene el tono, y al desaparecer éstas hay como una caída; luego la soñolencia y la languidez desaparecen, hay días en que se siente un bienestar como de nirvana y después se experimentan deseos de hacer algo y de moverse"; "el campo —añade más adelante— (25), es como un fondo al que hay que ir animando con las representaciones propias. El que tiene una vida interior intensa puede vivir en el campo". Y eso hizo él; en el paisaje que su vista podía columbrar desde las ventanas de la biblioteca de Itzea encarnó Baroja la soñada imagen de una utopía donde cobraron vida unos anhelos, erróneos posiblemente, discutibles desde luego, pero no por ello índice menos fiel de hasta qué punto creció frondoso, poderoso, el germen que en su espíritu puso el alma de su raza. De ellos hablaré más adelante; ahora sólo quiero recoger esta confesión escrita por Baroja en Itzea: "Después de algunas fatigas y de afanes, he conseguido con mis cortos medios tener un retiro agradable, una casa y una huerta en mi país, cosa que me basta" (26).

En Itzea encontró satisfacción una necesidad que siempre acució a Baroja; era ésta la de anclar su vida a la realidad inamovible de un paisaje y hogar expresión no sólo de lo que tales nombres significaban de ordinario, pues con ellos quiere expresar, asimismo, el afinamiento, emocional y biológico, a un pasado y a una tradición cultural. Baroja, unos años antes de la compra de Itzea, puso en boca del personaje Carlos Yarza, vasco antitradicional y revolucionario como era entonces, o creía ser, su creador, estas significativas palabras, que parecen contradecir la psicología de tal personaje: "Hay que vivir apoyado en algo, en verdades o mentiras, en principios aceptados porque sí, por la fuerza de la raza, o en convicciones, porque si uno se desprende de todas las preocupaciones heredadas, llega un momento en que se queda uno sin amparo, azotado por todos los vientos" (27). ¿Llegó a resonar en Baroja tal sentimiento?; ¿experimentó la necesidad de salvar su vida de tan menesterosa situación? Pienso que sí, y creo que ello constituyó el oscuro impulso que empujó su ánimo a buscar en Vasconia el soporte sobre el que asentar, firmemente, su existencia; el haberlo encontrado en Itzea le permitió escribir: "Yo no me siento ciudadano, sino más bien aldeano y campesino, y estoy avecindado en un pueblo pequeño" (28). A idéntico sentimiento responde la definición de patria dada por el perso-

(25) *Ibidem.*; pág. 290.

(26) *Juventud, egolatría*; Vol. V; pág. 224.

(27) *Las tragedias grotescas*; Vol. I; pág. 944.

(28) *Alrededor de la literatura y de la vida*; Vol. V; pág. 704.

naje de la última novela publicada por Baroja: "Para mí —dice Luis Carvajal— (29), la patria es lo que se halla de bueno y amable en el país donde se ha nacido y se vive; la patria es el paisaje, el color del cielo y del campo". Vasconia comparte con Castilla todo el amor de que es capaz Baroja; "tengo —escribe— (30), dos pequeñas patrias regionales: Vasconia y Castilla, considerando Castilla, Castilla la Vieja. Tengo, además, dos balcones para mirar el mundo: uno de casa, en el Atlántico; otro, de cerca de casa, en el Mediterráneo... Todas mis inspiraciones literarias proceden de Vasconia o de Castilla".

CONCIENCIA DE RAZA

El afincamiento en Vasconia, en Itzea, hizo cristalizar en su espíritu aquella remoción que tantas de sus ideas empezaron a experimentar durante su estancia en Cestona. La primera expresión de este cambio se manifiesta en los estudios emprendidos por Baroja sobre su ascendencia familiar remontando la historia hasta casi entrar en la mitología. Enunció aquel propósito con las siguientes palabras que encabezan la primera versión de tales investigaciones: "sacaré a relucir todo el charol que encuentre en la familia en lo mítico y en lo histórico, y después diré que no doy importancia a estos miserias. Y, además, será verdad" (31). Que había en ello algo más de lo que querían dejar traslucir estas palabras, bañadas en ironía, nos lo confirma la fidelidad con que reproduce, incluso ampliándola en detalles, la narración genealógica incluida en *Juventud, egolatria* en el segundo volumen de sus *Memorias* (32); escribe aquí (33): "Yo no he sentido ni preocupación ni gusto aristocráticos... A pesar de ello, algo parecido a idea genealógica y racista lo sentí al buscar los ascendientes de don Eugenio de Aviraneta, cuya vida, romanceada, he escrito en muchos tomos".

Ciertamente puede Baroja exhibir los títulos que corroboran su pureza racial; de sus nueve primeros apellidos, ocho —Baroja, Zor-

(29) *El cantor vagabundo*; Madrid, 1950; pág. 63.

(30) *Juventud, egolatria*; Vol. V; pág. 168. Esta partición de efectos entre la tierra natal y Castilla es un rasgo que une la personalidad de Baroja con la de otros vascos, coetáneos suyos, componentes, con él, de la «generación del 98»: Maeztu, Zuloaga y, sobre todos, Unamuno.

(31) *Ibidem.*; pág. 188.

(32) *Familia, infancia y juventud*; Vol. VII; págs. 502-18.

(33) *Ibidem.*; pág. 502. En *Juventud, egolatria* había dado ya esta explicación de su repentino interés por tales cuestiones: «El investigar la vida de Aviraneta me ha echado últimamente un tanto hacia el campo de la genealogía y he estudiado mi familia, lo cual es transigir con la tradición y casi con la reacción». (Vol. V; pág. 188).

noza, Goñi, Arrieta, Alzate, Izaguirre, Oyarzabal, Emparan— son vascos; uno, el segundo —Nessi—, lombardo. “Soy un vasco —resume Baroja— (34), no por los cuatro costados, sino por tres costados y medio. El medio costado que me resta, extravasco, es lombardo” (35). En *Familia, infancia y juventud* aporta nuevos datos sobre la historia de cada uno de sus apellidos. El apellido Baroja, que primeramente fué Martínez de Baroja, procede de la aldea alavesa Baroja, próxima a Peñacerrada; de sus antecesores de este apellido conserva nuestro autor una ejecutoria de 1619 y otra comenzada en tiempos de Carlos IV (36). La investigación genealógica en sus apellidos Zornoza, Goñi y Alzate aportó nuevas ejecutorias de hidalguía; un Alzate habitaba a comienzos del siglo XVII el caserón de Itzea (37). Más que añadir nuevas precisiones a este apresurado esbozo de la genealogía familiar barojiana, interesa a la finalidad de mi intento evidenciar la reacción que en Baroja provocó tal adentramiento en su propio pasado. Con una manera de pensar típicamente vasca, concede Baroja a esta confirmación de su hidalguía un significado primordialmente biológico, racial, con lo que aquella se convierte en un nuevo lazo que lo ata más aún a la tierra de Vasconia; escribe: “Yo supongo que cada apellido representa la tierra donde han vivido los ascendientes de uno, y supongo, además, que todos tiran con fuerza y que cada fuerza de éstas obra en el individuo con parecida intensidad. Suponiéndolo así, la resultante de las fuerzas ancestrales que obran

(34) *Ibidem.*; pág. 159.

(35) La procedencia de cada uno de sus apellidos vascos es la siguiente: Baroja (Alavá); Zornoza (Amorebieta y Oyarzun); Goñi (del valle del mismo nombre); Arrieta (Oyarzun); Alzate (Vera); Izaguirre (Fuenterrabía); Oyarzabal (Oyarzun); Emparán (Azpeitia e Irún). (*Familia, infancia y juventud*; Vol. VII; pág. 503).

(36) Vol. VII; págs. 504-05; añade a estos datos la historia completa de la rama familiar desde que su bisabuelo, don Rafael Baroja, salió de la aldea alavesa para domiciliarse en Oyarzun. (*Ibidem.*; págs. 505-10).

(37) Escribe Baroja: «A mí me interesa mucho la raza, tanto en un hombre como en un animal... Pensando en las ramas de mi familia, creo que los Nessi, Zornoza y Oyarzun eran tipos nórdicos, gente de ojos azules y de pelo rubio; los Baroja y Arrieta, de tipo que se ha llamado céltico: cara redonda y ojos pardos; los Goñi, cruzados de rubios y morenos, y los Alzate, más bien morenos y de ojos negros... Los Baroja debían de ser de la tribu de los berones, probablemente céltas; Zornoza y Arrieta, de los caristios; Emparán e Izaguirre, de los vándulos, y Goñi y Alzate, de los vascones». (*Ibidem.* págs. 517-18). Una deducción importante se extrae de esta un tanto fantástica filiación racial; es ella, la exclusión de todo posible elemento latino, o judaico, entre los componentes de su personalidad racial. Como más adelante tendremos ocasión de confirmar con largueza, Baroja se siente, biológica y espiritualmente, limpio de toda probable contaminación semítica o latina.

sobre mí hacen que yo tenga mi paralelo geográfico entre los Alpes y los Pirineos" (38). Y concluye Baroja, no sin faltarle razón: "yo, agarrado a los Pirineos y con un injerto en los Alpes, me siento archieuropeo" (39); justifica esta afirmación suya: los Alpes y los Pirineos son lo único netamente europeo que existe en Europa; tras los Alpes se entrevé ya Asia, y por debajo de los Pirineos se perfila Africa. Una el lector esta filiación racial, tan detenidamente expuesta por Baroja, a su afinamiento a la tierra vasca en Itzea, y ambos datos le permitirán descubrir el sentido autobiográfico que deja traslucir el siguiente monólogo de Luis Murguía: "Al meterme en mi cuarto pensaba que era una lástima que no tuviese yo la religión de mis paisanos, no por creer en ella, sino por guardar la esperanza de ir a dormir en el cementerio de Arnazabal al lado de los hombres de la misma raza, entre la ceniza de los antepasados" (40); léase el nombre de Vera del Bidasoa en el de Arnazabal, y poseeremos la clave para evidenciar el motivo acaso más profundo entre cuantos ligam, con lazos perdurables, la vida de Baroja a su casa de Itzea y al paisaje que lo circunda.

Esta raíz, diré biológica, y también espiritual, que encadena a Baroja a la tierra vasca y a la raza que la habita, grabó su huella, hondamente, en la personalidad humana y literaria de nuestro autor. "Somos —opina Baroja— (41), el resultado de una raza, de un ambiente y, por tanto, de un clima material y espiritual...; de la herencia hemos salido, y orgánica e intelectualmente no somos, cada uno de nosotros, más que un producto de ella" (42). Tan rotunda afirmación quiso confirmarla en sí mismo. Conocemos la tradición racial en que se apoya su individualidad; veamos ahora el influjo que, a juicio del propio Baroja, ejerció en ella. Nos cuenta cómo Aranzadi, siendo profesor suyo, hizo de él esto concisa filiación antropológica: "mesati-céfalo, con ángulo facial abierto y ojos pardos, verdosos" (43); y muchos años después un profesor suizo le dice: "es usted dolio-céfalo con anchura frontal, los ojos tiran a verdes, lo que demuestra origen

(38) *Juventud, egolatría*; Vol. V; pág. 159.

(39) *Ibidem.*; pág. 159.

(40) *La sensualidad pervertida*; Vol. II; pág. 971.

(41) *El escritor según él y según los críticos*; Vol. VII; págs. 398 y 400.

(42) Ya en época muy temprana, en el prólogo a su novela *La dama errante*, editada en 1908, escribió Baroja estas significativas palabras: «Aunque hoy se tiende, por la mayoría de los antropólogos, a no dar importancia apenas a la raza y a darle mucha a la cultura, yo, por sentimiento más que por otra cosa, me inclino a pensar que el elemento étnico, aun el más lejano, es trascendental en la formación del carácter individual». (Vol. II; pág. 229).

(43) *Galería de tipos de la época*; Vol. VII; pág. 936.

nórtico, y el ángulo facial es abierto" (44). Baroja se siente también influido, y muy profundamente, por el espíritu de su raza; "yo me he definido —escribe en el prólogo a *La dama errante*— (45), un poco en broma, como una mezcla de vasco y de lombardo: siete octavos de vasco, por uno de lombardo... No sé si este elemento lombardo (el lombardo es de origen sajón, al decir de los historiadores) habrá influido en mí; pero, indudablemente, lo base vasca ha influido dándome un fondo espiritual inquieto y turbulento". Baroja adscribe a su propia personalidad rasgos que considera muy peculiares de la raza vasca; con ellos construyó también la fingida humanidad de varios personajes de sus novelas. "No es uno —dice Baroja de sí mismo— (46), un tipo social, y late confusamente dentro de nuestro espíritu el instinto de las razas viejas, individualistas y aventureras". Cuando más adelante sea momento de reproducir el retrato, psicológico y racial, hecho por Baroja de los vascos, comprenderemos hasta qué punto se hace posible superponer, identificándolas, su propia figura humana y esta personal interpretación suya de la raza a que pertenece.

Tanto como en las tendencias más significadas de su temperamento, y en su carácter, influyó la raza sobre su personalidad de literato. Esto lo ha reconocido Baroja, y lo han repetido varios de sus críticos. Considera Baroja el estilo cual "una manifestación, la más completa, de la personalidad y de la individualidad literaria" (47), y añade: "El estilo personal dentro de un idioma es una cuestión orgánica del temperamento del autor" (48). Esta doble afirmación hace innecesarias nuevas reiteraciones; no obstante, para mayor convencimiento del lector, añadiré algunas precisiones que, sobre lo mismo, he seleccionado, entre muchas que podría aducir, de la obra escrita de Baroja. Sobre su tendencia antirretórica y su estilo nos habla en *Juventud, egolatría* (49) y también en *Las horas solitarias* (50); que ambos rasgos de su literatura estaban motivados por un influjo racial lo sostuvo ya Baroja en su primer autorretrato literario; de la poca simpatía que le inspira el pasado, dice allí (51), "complicada con mi falta de sentido idiomático —por ser vasco y no haber hablado mis ascendientes el castellano—, procede la repugnan-

(44) *El ario y su cráneo*; Vol. V; pág. 1.022.

(45) Vol. II; pág. 229.

(46) *Las horas solitarias*; Vol. V; pág. 351.

(47) *La intuición y el estilo*; Vol. VII; pág. 1.097.

(48) *Ibidem.*; pág. 1.098.

(49) Vol. V; págs. 173-75.

(50) Vol. V; págs. 252 *et seq.*

(51) *La dama errante*; Prólogo; Vol. II; pág. 231.

cia que me inspiran las galas retóricas, que me parecen adornos de cementerio, cosas rancias, que huelen a muerto. Este conjunto de particularidades instintivas: la turbulencia, la aspiración ética, el dinamismo, el ansia de posesión de las ideas, el fervor por la acción, el odio por lo inerte y el entusiasmo por el porvenir, forman la base de mi temperamento literario" (52). Todos estos rasgos, lo hemos de ver confirmado, los encuentra Baroja en aquellos hombres vascos que más fielmente encarnan, a su juicio, el espíritu de la raza.

(Continuará)

(52) La identificación entre su personalidad como hombre de letras y los impulsos de su personalidad humana es, en Baroja, completa; compárese, para confirmarlo, el texto reproducido con esta otra afirmación tomada del Prólogo que escribió para sus *Páginas escogidas* (edi. cit.; pág. 8): «Como temperamento individual me he pintado a mí mismo dyonisiaco, turbulento, antitradicional, entusiasta de la acción y del porvenir». Idéntica mezcla de impulsos y anhelos le sirvió para trazar la figura de aquellos personajes suyos —Zalacaín, Chimista— que mejor simbolizan el genio de la raza vasca. Como escribió, certeramente, uno de sus críticos, Baroja, hombre vasco, «siempre dentro de sí y comunica a sus personajes el instinto individualista de su raza. La característica de este individualismo es un fuerte sentimiento de independencia personal, no precisamente dentro de la sociedad —eso sería más anglosajón—, sino fuera y en contra de la sociedad». (César Barja: *Libros y autores contemporáneos*; Madrid, 1935; pág. 307).

